

FULGENCIO VARGAS

La Insurrección de 1810

EN EL ESTADO DE GUANAJUATO

HEROÍSMOS, CAMPAÑAS,
MARTIRIOS Y SACRIFICIOS DE LOS PRIMEROS
INSURGENTES

(Tradiciones y Leyendas)

PRÓLOGO DE

DON LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

JUICIO CRÍTICO DE

DON JUAN DE DIOS PEZA

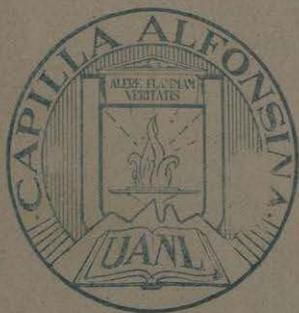


EUSEBIO GÓMEZ DE LA PUENTE, EDITOR

México. — 1909

F 1281

V 29



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

Imprenta de Henrich y C., en comandita. — Barcelona.



A mi Patria

*En el primer centenario
de la proclamación de su
Independencia.*

Julgencio Vargas.



A mi Patria

*En el primer centenario
de la proclamación de su
independencia.*

Julgencio Vargas.



PRÓLOGO

Mi amigo y conterráneo, el joven y modesto escritor, D. Fulgencio Vargas, ha consagrado sus primeras labores, en el campo de las letras y de la historia patria, al cultivo de un género encantador y de asuntos dignos de los que aman la tierra en que nacimos: las leyendas y tradiciones de la época memorable de nuestra guerra de emancipación, de esa década gloriosa que alumbró el sol de Dolores en 1810 y que fué una nueva aurora para nuestra vida social y política en 1821.

¡Década gloriosa en verdad! Digna del historiador, del poeta, del novelista, del autor dramático y del narrador de tradiciones y leyendas populares, y que ha dado motivo ya á muchos de nuestros

literatos para escribir hermosas composiciones como las del joven paisano mío, autor de este pequeño libro en su forma, pero que como un relicario encierra para mí, prendas de amor patrio y recuerdos palpitantes del cielo que por vez primera vieron mis ojos, de las montañas entre las cuales se meció mi cuna y de los campos cuyos aires perfumados me rejuvenecen y cuyos frutos saboreo sólo de pensar en ellos.

¡Guanajuato! ¡Tu nombre despierta en todos el recuerdo de torrentes de riquezas que inundaron en época lejana el mundo entero; en mí la remembranza de mis antepasados y de mis abuelos; en los mexicanos, la memoria de la Patria, nacida allá, en la humilde congregación, donde apacentó mansas ovejas el más humilde entonces Cura de almas y ahora el primero en nuestra admiración y en nuestra gratitud!

* * *

¡Oh Clío, amiga sincera de los caballeros amadores de la verdad y de la justicia, sabia maestra de los hombres, evo-

cadora de los recuerdos, soberana de los tiempos!

¡Oh Musa querida y amable, compañera mía, siempre fiel y amante, que me has consolado en mis tristezas y has sido mi alegría, mi contento, mi único y verdadero placer desde mis tiernos años!

¡Oh augusta Señora, que proteges con tu manto las ruinas, que guías al arqueólogo, que enciendes la lámpara del erudito y coronas con laureles la frente venerable del historiador severo!

¡Oh poderosa Maga, que á tu maravilloso conjuro, animas «los vestigios de las cosas», que yacían como en sepulcros, «gastados ya y deshechos, en los monumentos de la venerable antigüedad»!

¡Oh, *Genio de la Historia*, que das vida á «ese polvo y cenizas, ó cuando mucho, huesos secos de cuerpos enterrados, esto es, indicios de acaecimientos, cuya memoria casi del todo pereció; á los cuales, para restituirles vida, «cual otro Ezequiel, vaticinas sobre ellos, los juntas, los unes, los engarzas», dándoles á cada uno su encaje, lugar y propio asiento en la disposición y cuerpo...»; añadiéndoles, «para su enlazamiento y fortaleza, nervios de bien trabadas conjeturas»; y

los revistes «de carne, con raros y notables apoyos, «extendiendo» sobre todo este cuerpo, así dispuesto, una hermosa piel de varia y bien seguida narración, y, «últimamente» que les infundes un soplo de vida, con la energía del vivo decir, hasta parecer que bullen y se meanean las cosas cuando se trazan «en medio de la pluma y del papel!»

¡Quisiera hoy, más que nunca, oh Clío, oh Musa querida, oh augusta Señora, oh poderosa Maga, oh Genio de la Historia, me prestases toda tu inspiración poderosa para evocar cosas memorables y épicas de aquella década gloriosa!

* * *

Guanajuato, fué cuna de la libertad é independencia; patria de los primeros y audaces caudillos; teatro de los episodios más notables en la génesis de la Epopeya y escenario de las hazañas de los más famosos guerrilleros; sus fuertes y montañas, fueron testigos de los heroicos hechos, no sólo de sus hijos, sino del esforzado varón que, desde la Madre Patria, vino á defender con su vibrante

espada y á regar con su noble sangre, la tierra en que se luchaba por la misma causa y el propio ideal por los que combatiera allá en España.

¡Qué de recuerdos y de hombres y de hechos maravillosos, evoca tu solo nombre, Guanajuato!

Aquí y allá están las ruinas de las casas en que nació Hidalgo y pasó los primeros años de su vida infantil; aquí y allá están el Fuerte del Sombrero, en Comanja, y el de los Remedios, en Pénjamo, mudos testigos de lo que allí bregaron las patriotas fuerzas de Moreno, Mina y el P. Torres; aquí se halla la Isla del Fuerte, en la Laguna de Yuriria, donde José María Licéaga se fortificó y estableció una imprenta para publicar un diminuto periódico; allá el puente de Salvatierra, que vió correr la sangre de trescientos insurgentes fusilados por Iturbide un Viernes Santo!

Aquí está el sitio donde murió Albino García, el lugar en que luchó hasta sucumbir Andrés Delgado, y allá se ven la Barraca del Venadito, donde se defendió y murió Pedro Moreno, y el cerro del Bellaco, donde fué sacrificado el paladín de dos mundos, Francisco Javier Mina.

Cerrad los ojos y como en sueño épico contemplad la serie de episodios y de escenas de aquella década gloriosa. Primero, casi entre las sombras de la noche, oid el ruido de los cascos de caballos que vienen velozmente al pueblo de Dolores; mirad que de repente se detienen ante las puertas cerradas de la modesta casa cural; escuchad los toques que resuenan en medio del silencio y una voz de héroe, que dice: «ya van...» Después, ved el despertar de los vecinos asombrados, el ruido de sables arrastrados por las calles, el romper de rejas y cadenas en las prisiones, las alegres llamadas á la misa, los repiques regocijados en las torres de la Parroquia; el día que alumbra simbólicamente aquel cuadro; las sombras en pos de la aurora inmortal... los grillos rotos y el águila que libre se remonta hasta las nubes!

Entre esos episodios y escenas de la década gloriosa, ved á Hidalgo, Allende, Aldama y Abasolo, salir de Dolores, seguidos de su ejército; ¡qué digo de su ejército! de una chusma sin orden, mezcla de soldados y de caporales, de capitanes y de mayordomos, de espadas y de escopetas, de campesinos semi-desnudos

ó vestidos de cuero, calzando botas de campana ó huaraches, y armados de chuzos ó garrotes, de machetes ó picas, de viejos arcabuces ó airosas hondas; pero chusma pintoresca por la misma desigualdad de los colores chillones de sus trajes, que confundidos dejan percibir las casacas azules de los uniformes y los rojos jorongos de los peones de las haciendas; ved esa multitud que hace alto, en Atotonilco, que penetra y sale del Santuario, izando un estandarte improvisado en una lanza, un lienzo de la imagen india; y oid el grito que repiten todos: ¡Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los Gachupines! Grito que, como dijo Orozco y Berra, fué su «amor y su odio, su bandera y su enemigo».

¿Y para qué caminar tras de aquella muchedumbre engrosada más y más, cada instante, cada hora, hasta que entra en San Miguel, organizase en Celaya, y se desborda como un torrente sobre Guanajuato, que en su *Alhóndiga*, todavía ostenta las escarpas de donde pendían las jaulas de hierro que encerraron los cráneos de las primeras víctimas ó las huellas ensangrentadas y estampadas en los muros por los inocentes defensores?

¿Para qué evocar la amable sombra del Intendente Riaño y de Pípila la silueta heroica?

Apartad los ojos de las siniestras y sombrías figuras de Calleja y del Conde de la Cadena, que vendrán más tarde en son de justicieros á tocar el homicida clarín que anuncie el degüello de gentes inermes é inocentes; pero ya veréis también un ángel pacificador, el humilde Fr. José de Jesús Belaunzarán, quien encarándose con el Conde y empuñando un Santo Crucifijo en las manos, le dice á grito herido: «Señor, esta gente es inocente, no ha hecho daño, si lo hubiera causado vagaría fugitiva por esos montes... Suspended, Señor, la orden que habéis dado, y os lo pido por este Señor, que en el último día de los tiempos os ha de pedir cuenta de la sangre que vais á derramar...»

Y á la postre contemplaréis á otros de esos mismos realistas, sanguinarios y feroces enemigos de los bravos patriotas, cambiar de ideas, envainar las espadas tintas en sangre de insurgentes, y empuñar la tricolor bandera, como D. Anastasio Bustamante allá en Pantoja y don Luis Cortazar aquí en Amoles.

¿Para qué evocar otras sombras y otras hazañas y escenas de aquella década gloriosa? ¡Oh Musa de la Historia, tú las tienes consignadas en tus páginas imborrables y severas!

* * *

Pero lo que tú ¡oh Clío! amante de la verdad y de la justicia, maestra de los hombres, evocadora de los recuerdos y soberana de los tiempos; lo que tú desdenas acoger en tus anales severos, en tus polvosos manuscritos, en tus amarillentos pergaminos, la *Tradición y la Leyenda* lo ha acogido al calor del hogar de los supervivientes de aquella década gloriosa; y de los labios de sus nietos ó bisnietos, en los mismos campos, en las propias montañas, ante las mismas ruinas, mi amigo y paisano, el joven y modesto escritor D. Fulgencio Vargas, lo ha oído relatar, y con igual sencillez y semejante encanto, os lo viene á narrar ahora en las páginas de este pequeño libro por sus dimensiones; pero grande por las hazañas épicas que consigna, de heroínas desconocidas y de guerrilleros

ignorados, que no tienen ni tendrán monumentos con bronces ó con mármoles, mas sí en estas humildes páginas consagradas á su memoria en el primer Centenario de aquella década gloriosa! México, Febrero 7 de 1909.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.



Pípila

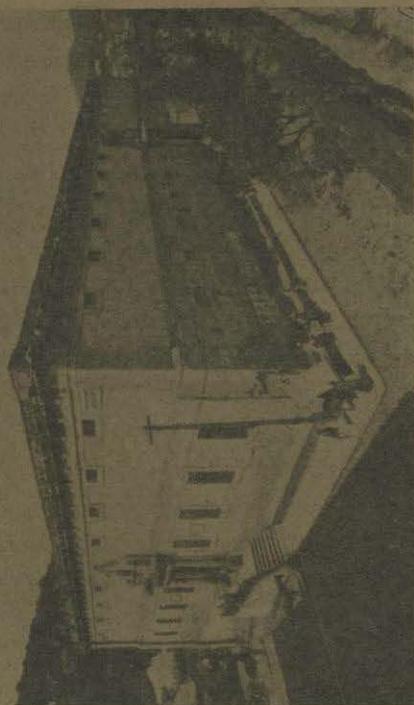
NINGUNA de las provincias en que estaba dividido el territorio mexicano en la época colonial, podía compararse con la opulenta de Guanajuato, de cuyo centro sumas importantes de dinero lleváronse á diversos puntos de Nueva España, é incalculables tomaron el camino de Europa ingresando en el rico tesoro de los monarcas de Iberia, en aquellos tiempos de suma preponderancia, cuando el sol no se ponía en las vastas posesiones de la entonces soberana del antiguo y del nuevo continente.

La intendencia de Guanajuato era un emporio de riqueza, un núcleo de laboriosidad inagotable, una comarca fértil y risueña, un país próspero desde cualquier punto de vista que se le conside-

rase; pues en materia de ilustración, bien hubiera podido compararse con su vecina de Valladolid, donde tantas virtudes y noblezas florecieron; donde más de una reliquia guarda memorias de pasados esplendores y fieles recuerdos de intelectualidades meritísimas que abrieron su espíritu á la luz de la verdad y su corazón á las miserias de la vida en el histórico y primitivo plantel de San Nicolás, semillero de grandezas y de notables ingenios.

En 1810 gobernaba aquel centro envidiable de labores un hombre honrado y emprendedor, uno de esos caracteres en los que la nobleza y la lealtad constituyen su propio distintivo, y marcan con sello indeleble al que practica el bien por amor á sus semejantes y fomenta en los pueblos la cultura que eleva á los humanos y el adelanto material que proporciona á las naciones un porvenir de mágica ventura.

Era el gobernante D. Juan Antonio de Riaño, tipo perfecto del hombre público, y los que á su cargo estaban, veían en él, más que á la primera autoridad de la intendencia, al padre cariñoso de los pobres. En la construcción del magnífico edificio de la Alhóndiga de Granadi-

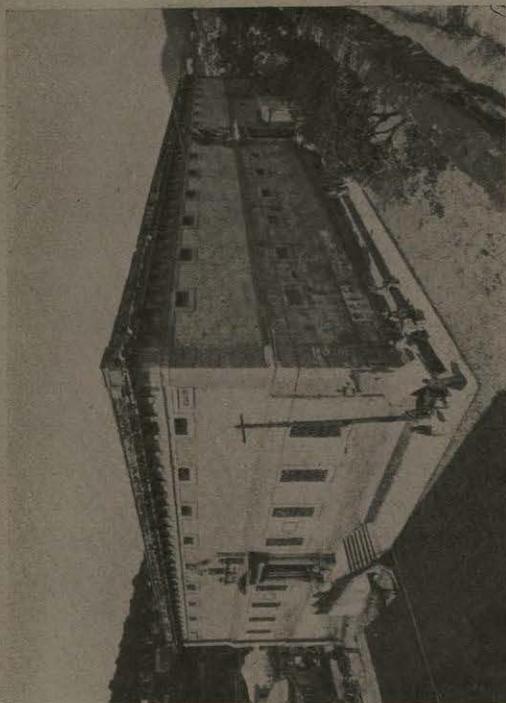


CASTILLO DE GRANADITAS. — GUANAJUATO

rarse; pues en materia de ilustración, bien hubiera podido compararse con su vecina de Valladolid; donde tantas virtudes y noblezas florecieron; donde más de una reliquia guarda memorias de pasados esplendores y fieles recuerdos de intelectualidades meritisimas que abrieron su espíritu á la luz de la verdad y su corazón á las miserias de la vida en el histórico y primitivo plantel de San Nicolás, semillero de grandezas y de notables ingenios.

En 1810 gobernaba aquel centro envidiable de labores un hombre honrado y emprendedor, uno de esos caracteres en los que la nobleza y la lealtad constituyen su propio distintivo, y marcan con sello indeleble al que practica el bien por amor á sus semejantes y fomenta en los pueblos la cultura que eleva á los humanos y el adelanto material que proporciona á las naciones un porvenir de mágica ventura.

Era el gobernante D. Juan Antonio de Riaño, tipo perfecto del hombre público, y los que á su cargo estaban, veían en él, más que á la primera autoridad de la intendencia, al padre cariñoso de los pobres. En la construcción del magnífico edificio de la Alhóndiga de Granadí-



CASTILLO DE GRANADITAS. — GUANAJUATO

tas, *palacio del maíz* como muchos le llamaban, se había hecho acreedor á la inmensa gratitud de los indigentes, al atravesar por un período de miseria que cubrió los hogares de luto y de amargura; y en diversas mejoras emprendidas y terminadas durante su gobierno, habíase conquistado nuevos afectos y admiraciones perdurables.

Hablan con elocuente imparcialidad de la munificencia y dotes especiales de D. Juan Antonio de Riaño, los monumentos que aquí y allá se levantan como trompetas proclamadoras de la fama del grande hombre, en aquella pintoresca población, cuyas casas, como ha dicho muy bien D. Enrique de Olavarría y Ferrari, parecen haberse derramado sobre los declives de las montañas de la cañada en que se asientan, como cayendo del delantal de un niño travieso y enredador; en escala gigantesca álzanse las unas sobre las otras como buscando elevarse al cielo en monumento de gratitud á la bondad con que ha depositado en cada fragmento de sus arenas un grano de precioso metal.

* * *

Con la rapidez del relámpago cundió la noticia del pronunciamiento en Dolores acaecido la madrugada del 16 de Septiembre de 1810. No había momento que perder, y, aunque sin fuerzas suficientes, ni preparativos oportunos, el intendente Riaño procuró á toda costa fortificar los principales puntos de la ciudad, de la mejor manera posible, toda vez que las nuevas recibidas por conducto de D. Francisco Iriarte, propietario de la hacienda de San Juan de los Llanos é íntimo amigo del intendente, no podían ser más terribles y desconsoladoras: el ejército libertador, engrosado más y más á medida que adelantaba en su marcha sin tropiezos, caería pronto sobre Guanajuato; desde su salida del pueblo de Dolores, había recorrido en son de triunfo Atotonilco, San Miguel el Grande y Celaya, población en la que se había otorgado al jefe del movimiento el honroso título de generalísimo de las huestes libertadoras.

El 23 del propio Septiembre abandona D. Miguel Hidalgo á Celaya, y después de detenerse algunos días en Salamanca é Irapuato, encamínase á la hacienda de Burras, desde donde intima rendición á D. Juan Antonio de Riaño, quien contesta

el 28 del mismo mes, diciendo que no reconoce otro Capitán General en la Nueva España, que D. Francisco Javier Venegas, ni otras reformas que las que acuerde la nación entera en las Cortes generales que van á verificarse; y termina con aquellas palabras: «Mi deber es pelear como soldado, cuyo noble sentimiento anima á cuantos me rodean»; palabras que manifiestan cuál debe ser en ocasiones semejantes la conducta de un soldado pundonoroso, y la manera de obrar de un gobernante digno del puesto que ocupa y con entereza defiende.

El mismo día, y valiéndose de una persona de toda su confianza, escribe Riaño á D. Félix María Calleja, diciéndole: «Voy á pelear, porque voy á ser atacado en este instante; resistiré cuanto pueda porque soy honrado; vuela V. S. á mi socorro.»

Aquel socorro pedido por un hombre honrado, debía llegar tarde, demasiado tarde; la muerte acechaba á su víctima; el intendente moriría en su puesto como un héroe, defendiendo los intereses que le estaban encomendados.

* * *



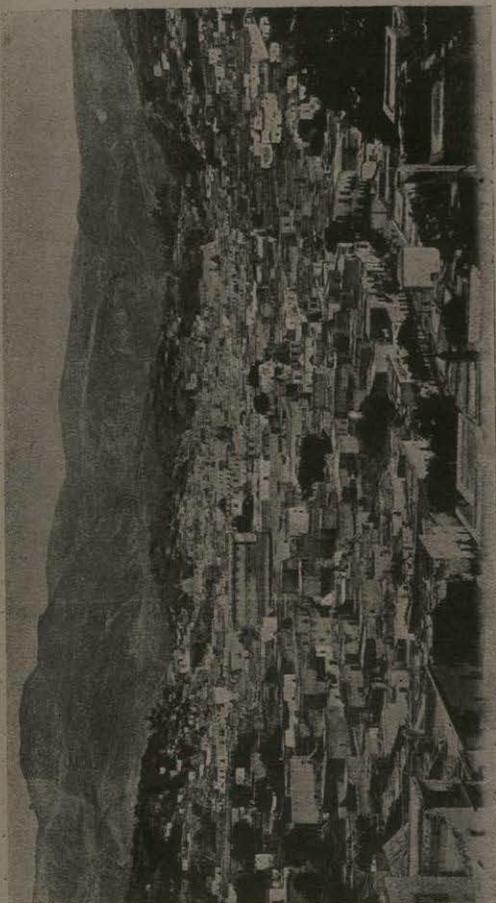
GUANAJUATO. — PANORAMA DE LA CIUDAD

el 28 del mismo mes, diciendo que no reconoce otro Capitán General en la Nueva España, que D. Francisco Javier Venegas, ni otras reformas que las que acuerde la nación entera en las Cortes generales que van á verificarse; y termina con aquellas palabras: «Mi deber es pelear como soldado, cuyo noble sentimiento anima á cuantos me rodean»; palabras que manifiestan cuál debe ser en ocasiones semejantes la conducta de un soldado pundonoroso, y la manera de obrar de un gobernante digno del puesto que ocupa y con entereza defiende.

El mismo día, y valiéndose de una persona de toda su confianza, escribe Riaño á D. Félix María Calleja, diciéndole: «Voy á pelear, porque voy á ser atacado en este instante; resistiré cuanto pueda porque soy honrado; vuela V. S. á mi socorro.»

Aquel socorro pedido por un hombre honrado, debía llegar tarde, demasiado tarde; la muerte acechaba á su víctima; el intendente moriría en su puesto como un héroe, defendiendo los intereses que le estaban encomendados.

* * *



GUANAJUATO. — PANORAMA DE LA CIUDAD

En el terrible ataque á la Alhóndiga de Granaditas, hiciéronse notables dos egregios paladines, dos figuras de esas que sintetizan el ardimiento en todas sus manifestaciones y la adhesión más perfecta en sus mínimos detalles. De esos dos grandes luchadores, uno es muy conocido en la historia de México, y en líneas anteriores he procurado hablar de él, haciendo que resalten sus méritos y resplandezcan sus virtudes; pero el otro luchador permanece aún sin definirse como debiera; su vida y sus obras son casi desconocidas; porque si al tratar del primer período de la guerra de Independencia, la historia nos habla de «Pípila» en los instantes supremos de aquella lucha librada frente á los muros de Granaditas, su figura no se presenta debidamente delineada, sus contornos son débiles, su tamaño empequeñecido; parécenos ver en ella una exhalación sin importancia, un meteoro luminoso que desaparece apenas se percibe, con tristeza suma para el que ha tenido oportunidad de contemplarlo en el esplendor de su magnificencia.

Y, sin embargo, ¡qué huella tan indeleble dejó el meteoro al cruzar por el entonces entenebrecido cielo de mi patria; qué grande la figura del humilde barre-

tero, si se contempla después de pasada la tempestad, cuando la hora del infortunio ha desaparecido y las heroicidades del guerrero se miden por la grandeza del país al que consagra su denuedo y sus risueñas esperanzas, el logro de sus afanes y los mejores días de su existencia! ¡Entonces se aquilatan los beneficios y se lamentan las ingratitudes; mírase surgir como al mandato de una hada generosa, del polvo de la miseria y de la incuria de los tiempos, la bellísima figura del indomable titán que abandona sus harapos, vístese de gloria y va á formar parte de la legión de honor en el paraíso de los libertadores!

* * *

Hijo de padres sin fortuna y aleccionado en la escuela de la adversidad, Juan Martínez, conocido más tarde con el apodo de «Pípila», vió deslizarse como entre escollos su niñez, desarrollarse ante su vista el espectáculo triste de los días sin pan y del hogar sin fulgores de ventura; alimentó su entraña con las lágrimas del desvalido y vió cómo discurrían los años infantiles por un sendero espi-

noso y un calvario de crueles desilusiones. ¡Nació para ser un héroe y la desdicha azotó constantemente su cuna miserable!

Apenas entrado en la juventud, sin que alborease en su cerebro la benéfica aurora de la ciencia, emprende el camino que conduce á las minas; allí dedícase sin descanso á la ruda y peligrosa labor de extraer la piedra guardadora de los metales preciosos, que al convertirse en brillantísimos lingotes, irán en *conductas* fabulosas á la cabecera del virreinato y á las arcas donde tantos favorecidos de la suerte acumulan sus riquezas y centuplican su poderío.

Mellado fué la hacienda de beneficio en la que el joven barretero dió á conocer sus aptitudes para la lucha diaria por la existencia, la nobleza de sentimientos que su magnánimo corazón atesoraba y el cúmulo de energías de que su espíritu superior estaba lleno, y de las que podía disponer en el preciso momento de las futuras y decisivas revelaciones. En aquella mina fué donde también comprendió los terribles y funestos resultados de la esclavitud, donde vió acrecentarse su cariño á la patria desvalida, meditando en los acerbos padecimientos que le atormentaban y en los ineludibles deberes



ESTATUA DE EL PÍPILA

nosos y un calvario de crueles desilusiones. ¡Nació para ser un héroe y la desdicha azotó constantemente su cuna miserable!

Apenas entrado en la juventud, sin que alborease en su cerebro la benéfica aurora de la ciencia, emprende el camino que conduce á las minas; allí dedícase sin descanso á la ruda y peligrosa labor de extraer la piedra guardadora de los metales preciosos, que al convertirse en brillantísimos lingotes, irán en *conductas* fabulosas á la cabecera del virreinato y á las arcas donde tantos favorecidos de la suerte acumulan sus riquezas y centuplican su poderío.

Mellado fué la hacienda de beneficio en la que el joven barretero dió á conocer sus aptitudes para la lucha diaria por la existencia, la nobleza de sentimientos que su magnánimo corazón atesoraba y el cúmulo de energías de que su espíritu superior estaba lleno, y de las que podía disponer en el preciso momento de las futuras y decisivas revelaciones. En aquella mina fué donde también comprendió los terribles y funestos resultados de la esclavitud, donde vió acrecentarse su cariño á la patria desvalida, meditando en los acerbos padecimientos que le atormentaban y en los ineludibles deberes



ESTATUA DE EL PÍFILA

que todo mexicano tenía de acudir en socorro del suelo subyugado; allí recibió la fausta nueva de los importantes sucesos de Dolores y la agradable noticia de la llegada á la capital de la intendencia del victorioso ejército independiente. Reveláronse entonces las extraordinarias facultades del barretero como patriota y como hombre de inventiva, y sintió germinar dentro de su ser el mirífico soplo que anima á los genios y los induce á poner en planta las más atrevidas y portentosas concepciones.

En lo más recio de aquel combate librado el 28 de Septiembre de 1810, cuando las fortificaciones de la ciudad habían sido destruídas y la fuerza de caballería aniquilada completamente por lo impetuoso de la refriega y el considerable número de los sitiadores, cuando sólo faltaba á los independientes para alcanzar el triunfo definitivo, apoderarse de la fortaleza que tantas vidas y fortunas encerraba tras de sus espesos é impenetrables muros, óyese la voz del Padre Hidalgo que, dirigiéndose á la multitud desenfrenada y ciega, le dice que se proporcione hachas y barras, con objeto de derribar una de las puertas del sólido edificio.

Apenas acaba de hablar el cura de Do-

lores, despréndese de la abigarrada muchedumbre el barretero Juan Martínez; encamínase á la tienda de abarrotes denominada «La Galarza», que todavía existe con el mismo nombre á inmediaciones del castillo y á su vista, formando esquina con la última calle de Pocitos y subida para el Terremoto. Ya en el establecimiento, provéese «Pípila» de aceite de abeto, brea y *ocote*; de la acera inmediata á la tienda arranca Martínez, valiéndose para ello de un puñal y de sus propios puños, una losa de regulares dimensiones, que coloca sobre sus espaldas, procurando también cubrirse con la misma la cabeza; emprende la marcha provisto de las materias inflamables, y agazapándose lo mejor posible á fin de evitar el fuego y las piedras que de las alturas de Granaditas enviaba el enemigo, ábrese paso por entre el compacto grupo de los asaltantes, y dirígese á la puerta de la Alhóndiga que ve al cerro del Cuarto; aplica sobre una buena parte de las maderas el aceite y la brea; les prende fuego con el *ocote* que encendido llevaba, y retírase en los momentos que la multitud enardecida por el entusiasmo prorrumpía en atronadores aplausos al barretero y lanzábase como aluvión sobre la incen-

diada puerta del castillo que tantas vidas y fortunas encerraba tras de sus espesos é impenetrables muros.

El genio se había revelado en todo el esplendor de su magnificencia en aquel individuo de obscuro nombre y ninguna ilustración; la oruga miserable se había convertido en titán; el ejército libertador debía la más grande y señalada de sus victorias al temerario arrojo de un pobre barretero!

* * *

La decoración ha cambiado por completo. No es ya la opulenta Guanajuato, con su pintoresco caserío, sus riquísimas montañas, sus históricos recuerdos, el punto de mira de los abnegados y fieles defensores de la sacrosanta libertad. El numeroso ejército de Hidalgo, después del memorable acontecimiento de Granaditas, y dueño de la situación en importantes poblaciones de la intendencia, ha emprendido la marcha hacia Valladolid, en cuya ciudad se le ha recibido con inequívocas muestras de entusiasmo: conquistase nuevos laureles en Acámbaro y Toluca, y ya próximo á la capital de Nueva España, en el Monte de las

Cruces, libra reñido combate con las huestes del virrey á las órdenes de Trujillo, y el sol de la victoria una vez más alumbraba los semblantes jubilosos de aquellos bravos y aguerridos luchadores.

Pero el triunfo ha costado mucha sangre y muchas vidas á la causa que defiende el benemérito caudillo; aquí y allá, sobre el campo de batalla, míranse diseminados los cadáveres de los valientes hijos del suelo mexicano; gran número de moribundos exhalan el postrer aliento en brazos de sus compañeros, y abandonan el mundo con la conciencia tranquila y el corazón satisfecho por el cumplimiento del deber.

Entre los moribundos se encuentra Juan Martínez, el humilde barretero de la mina de Mellado, convertido en un héroe por la magnitud de sus hazañas, y en un mártir por el sacrificio de su existencia en favor de la vida autónoma de su país. Casi á punto de consumarse la acción, recibe en mitad del pecho la certera bala del enemigo, y cae como los gladiadores de la antigua Roma, sereno y majestuoso. De sus labios no se escapa una queja, ni de sus ojos una lágrima reveladora de terribles amarguras; parece que el dolor no anida en aquel organismo

de gigante, ni el apego á las miserias humanas en aquel espíritu de predestinado.

Un grupo de soldados rodea al herido prodigándole frases de ternura y palabras de consuelo; el sacerdote de Dolores, de pie, cerca del grupo, eleva al cielo una mirada suplicante.

El alma de «Pípila» húndese en el misterio de lo desconocido, y los despojos del mártir se cubren con la bandera de los insurgentes, en la que brilla, como símbolo de libertad y venero inagotable de risueñas esperanzas, la compañera de los indios, la Virgen de Guadalupe!



Un Mártir de la Insurgencia

No había sonado aún para la tierra en que nació la hora solemne de su advenimiento á la vida de los pueblos en el floreciente y rico Estado de Guanajuato, que de manera tan notable ha figurado siempre en los anales de nuestra República; el insigne benefactor D. Anselmo Ramírez aún no daba los primeros pasos que más tarde habrían de producir, con la licencia del virrey D. Juan Ruiz de Apodaca, Conde del Venadito, firmada el veintiuno de Agosto del año de 1810, la construcción de una capilla rural y el agrupamiento á su alrededor de pobres viviendas, que con el transcurso del tiempo han venido á convertirse en el risueño pueblecito del Jaral, donde hoy abunda la gente laboriosa, y la mano pródiga de